

CHUCK PALAHNIUK

Rant

La vida de un asesino



La terrorífica biografía oral de un personaje igualmente terrorífico.

Buster Casey, un chico rebelde adicto a los videojuegos — ¿y un adolescente asesino?—, escapa de casa de sus padres a la gran ciudad, para convertirse en el líder de una banda de gamberros motorizados que se reúnen para perseguirse y chocar unos contra otros. En medio de toda esa violencia, Casey conoce a tres chicos y, después de una muerte espectacular, ellos recopilan la información necesaria para formar una historia oral de su corta vida. Esta antología de anécdotas habla de unos actos violentos que se propagan como una infección urbana y silenciosa de rabia...

¿No hay veces en que
desearías no haber nacido?

*Para mi padre, Fred Leander Palahniuk.
Ten cuidado antes de bajar de la acera. Por favor.*

NOTA DEL AUTOR: Este libro está escrito al estilo de las crónicas orales, un formato que requiere entrevistar a una amplia variedad de testigos y recopilar sus testimonios. Cada vez que se interroga a múltiples fuentes acerca de una experiencia común, es inevitable que se contradigan entre ellas en alguna ocasión. Si quieren ver más biografías escritas en este estilo, pueden acudir a *Capote*, de George Plimpton; *Edie*, de Jean Stein, y *Lexicon Devil*, de Brendan Mullen.

1

UNA INTRODUCCIÓN

Wallace Boyer (*Vendedor de coches*): Igual que la mayoría de la gente, no conocí a Rant Casey ni hablé con él hasta después de su muerte. Es lo que pasa con la mayor parte de los famosos: cuando la palman, su círculo de amigos íntimos simplemente se dispara. Un famoso muerto no puede caminar por la calle sin encontrarse con millones de amigos del alma a los que no conoció nunca en la vida real.

Morirse fue la mejor maniobra profesional que llevaron a cabo Jeff Dahmer y John Wayne Gacy. Después de que Gaetan Dugas se murió, el número de amantes que decían que habían follado con él se disparó hasta las nubes.

Tal como solía decir Rant Casey: La gente se labra una reputación atacándote mientras estás vivo... o alabándote cuando ya no lo estás.

En mi caso, yo estaba sentado en un avión, y a mi lado había sentado un palurdo. Tenía la piel como en esos accidentes de coche que dan demasiado asco mirar: llena de mordeduras y marcas y toda arrugada, y la piel del dorso de sus manos estaba hecha un asco.

La azafata le preguntó al palurdo qué quería beber. Luego le pidió que por favor me alcanzara mi bebida: whisky con hielo. Pero cuando vi aquellos dedos monstruosos rodeando el vaso de plástico, y aquellos nudillos mordidos, ya no pude poner los labios en el borde del vaso.

Con la epidemia había que tener todo el cuidado del mundo. En el aeropuerto, justo detrás del detector de metales que teníamos que atravesar, había un monitor de fiebre como los que usaban antes para controlar la propagación del SRAS. La mayoría de la gente, dice el gobierno, no tiene ni idea de que está infectada. Uno puede encontrarse bien, pero si ese monitor pita para indicar que tienes la temperatura demasiado alta te ponen en cuarentena y desapareces. Tal vez para el resto de tu vida. Sin juicio ni nada.

Para evitar riesgos, me limité a plegar la bandeja de mi asiento y a coger el vaso. Observé cómo el whisky se iba volviendo más claro y aguado. Cómo el hielo se derretía y desaparecía.

Cualquiera que se gane la vida vendiendo coches se lo podrá decir: la repetición es la madre de todos los talentos. Para aumentar los ingresos de tu concesionario hay que trabajar la comunicación.

Cualquier sitio es bueno para practicar tus habilidades. Un buen truco para recordar el nombre de alguien es mirarle a los ojos durante el tiempo suficiente como para quedarte con su color: verde, marrón o azul. Eso se llama Interrumpir la Tendencia: te impide olvidarte de las cosas tal como pasaría normalmente.

Aquel vaquero desconocido tenía los ojos de color verde brillante. Verde anticongelante.

Durante todo el vuelo de conexión entre Peco Junction y la ciudad compartimos apoyabrazos; yo en el lado de la ventanilla y él en el del pasillo. Siento tener que decirlo, pero no paraban de despegársele pedacitos de mierda seca de las botas de vaquero. Aquellas patillas largas que tenía tal vez habían atraído a las tías en el instituto, pero ahora ya estaban canosas desde la sien hasta la mandíbula. Por no mencionar aquellas manos.

A fin de ejercitar la comunicación, le pregunté cuánto le había costado el billete. Si no eres capaz de determinar las necesidades comerciales —de identificar las claves— de un

desconocido al que tienes sentado codo con codo en un avión, nunca podrás convencer a nadie para que «se apropie mentalmente» de un Nissan, y ya no digamos de un Cadillac.

Para conseguir meter a alguien en un coche, hay otro truco: en todos los coches que tengas en exposición, programas el botón de emisora número uno de la radio para que suene música gospel. En el número dos pones rock and roll. En el tres, jazz. Si tu cliente potencial parece del tipo exigente-autoritario, nada más abrirle el coche haces que la radio se encienda y sintonice una emisora de noticias o de tertulias políticas. Con la gente que lleva sandalias, pulsas el botón de la radio pública. Cuando hacen girar la llave, la radio les dice lo que quieren oír. En todos los coches en exposición, tengo el botón número cinco de la radio programado con esa basura tecno-rave por si aparece algún chaval aficionado a las choquejuergas.

A las cosas como el color verde de los ojos del palurdo y la mierda de sus botas los vendedores las llamamos «apoyos mentales». A las preguntas que tienen una sola respuesta posible las llamamos «preguntas cerradas». Las preguntas que hacen hablar a los clientes son «preguntas abiertas».

Por ejemplo:

—¿Por cuánto le ha salido su billete de avión?

Esa es una pregunta cerrada.

El hombre dio un sorbo a su vaso de whisky y tragó. Sin dejar de mirar al frente, dijo:

—Cincuenta dólares.

Un buen ejemplo de pregunta abierta sería: «¿Cómo vive usted con esas manos todas mordidas y llenas de cicatrices?».

Yo le pregunté: ¿Solamente ida?

—Ida y vuelta —dijo, y su mano arrugada y llena de marcas vertió whisky dentro de sus labios—. Lo llaman «tarifa de duelo» —dijo el palurdo.

Mientras yo lo observaba, medio torcido en mi asiento para mirarlo de frente, mi respiración se ralentizó para acompasarse con el subir y bajar de su camisa de vaquero, una técnica que se llama Escucha Activa. El desconocido carraspeó, y yo esperé un poco y también carraspeé, imitándolo. Es lo que un buen vendedor denomina «marcar el ritmo» a un cliente.

Con las piernas cruzadas a la altura del tobillo, con el pie derecho por encima del izquierdo, igual que él, yo le dije:

—Imposible. Ni siquiera los billetes *standby* salen tan baratos. —Y le pregunté cómo había conseguido tan buen precio.

Él dio un trago a su whisky, sin hielo, y dijo:

—Lo primero que hay que hacer es escaparse de un manicomio de alta seguridad.

Luego, dijo, hay que hacer autoestop por medio país, sin más ropa que unos botines de plástico y una bata de papel que no se cierra por detrás. Hay que llegar medio segundo demasiado tarde para evitar que un pederasta reincidente viole a tu mujer. Y a tu madre. De esa violación nace un hijo a quien tienes que criar y que colecciona una tonelada de dientes viejos de los que tira la gente. Al terminar el instituto, el chiflado de tu hijo se tiene que escapar. Hacerse de una secta que vive solamente de noche. Cargarse el coche cincuenta veces y liarse con una especie de prostituta que medio lo es y medio no lo es.

Por el camino, tu hijo tiene que desatar una epidemia que mate a miles de personas, a un número suficiente de gente como para desencadenar la ley marcial y amenazar con derrocar a varios líderes mundiales. Y finalmente, tu chaval tiene que morir en un gigantesco infierno de llamas, presenciado por toda la población mundial que tenga televisor.

Y dijo:

—Así de fácil.

El tipo dijo:

—Entonces, cuando vas a recoger su cadáver para el funeral —vertió el whisky entre los labios—, la línea aérea te hace una oferta especial en el precio del billete.

Cincuenta pavos, ida y vuelta. Se quedó mirando el whisky que yo tenía muerto de asco en la mesilla plegable del asiento. Caliente. Ya sin hielo. Y me dijo:

—¿Se va a beber eso?

Y yo le dije: Adelante.

Así de rápido puede dar un vuelco tu vida.

Y el futuro que tendrás mañana ya no es el mismo futuro que tenías ayer.

Mi dilema era si debía pedirle un autógrafo. Ralentiqué la respiración, acompañé mi pecho con el suyo y le pregunté si estaba emparentado con el tipo ese... Rant Casey. «Hombre Lobo» Casey: el peor Paciente Cero de la historia de las enfermedades. El «superpropagador» que había infectado a medio país. El «Asesino de los Besos» de América. Rant «Perro Loco» Casey.

—Buster —dijo el tipo, y extendió aquella mano de monstruo para coger mi whisky. Y dijo—: El nombre de pila de mi chaval era Buster Landru Casey. No Rant. Ni tampoco Buddy. Buster.

Mi mirada ya se estaba empapando hasta de la última cicatriz arrugada de sus dedos. De la última arruga y la última cana. Mi nariz registraba su olor a whisky y mierda de vaca. Mi codo registraba el tacto de la manga de su camisa de franela. Yo ya planeaba pasarme el resto de la vida jactándome de haber conocido a aquel tipo. Ya me estaba aferrando a cada momento de él, atesorando como una ardilla cada una de sus palabras y gestos. Y le dije: Usted es...

—Chester —dijo—. Me llamo Chester Casey.

Sentado a mi lado. Chester Casey, el padre de Rant Casey: el Arma de Destrucción Masiva andante y parlante de América.

Andy Warhol se equivocaba. En el futuro, la gente no será famosa durante quince minutos. No, en el futuro todo el mundo se sentará al lado de un famoso por lo menos durante quince minutos. De Typhoid Mary o de Ted Bundy o de Sharon Tate. La historia no es más que una sucesión de monstruos o de víctimas. O de testigos.

¿Y qué le dije yo? Le dije que lo sentía. Le dije:

—Qué putada que se muriera su hijo.

Negué con la cabeza, en gesto de compasión.

Y unas cuantas inhalaciones después, Chet Casey negó también con la cabeza, y en ese gesto ya no estoy seguro de quién le estaba marcando el ritmo a quién. De si tal vez era aquel cateto quien me estaba estudiando a mí. Quien me estaba imitando. Encontrando mis claves y dirigiendo la comunicación. Y tal vez vendiéndome algo, aquella leyenda viviente, Chet Casey, me guiñó el ojo. Sin respirar nunca más de quince inhalaciones por minuto. Se echó el whisky al colete.

—Lo mire como lo mire —dijo, y me dio un codazo en las costillas—, sigue siendo un precio de narices por un billete de avión.

2

ÁNGELES DE LA GUARDA

De las notas de campo de Green Taylor Simms (C Historia-dor): El sabueso es a Middleton lo que la vaca a las calles de Calcuta o de Nueva Delhi. No hay camino de tierra donde no haya algún perro de caza mestizo durmiendo, jadeando bajo el sol, con la lengua fuera y goteando. Como si fuera un badén peludo, sin collar ni placas. Cubierto de una fina capa de polvo de arcilla que el viento trae de los campos arados.

Para llegar a Middleton hay que conducir durante cuatro días enteros, que es el período de tiempo más largo que yo he experimentado dentro de un automóvil sin colisionar con otro vehículo. Ese me pareció el aspecto más deprimente de mis peregrinaciones.

Neddy Nelson (C Choquejuerguista): ¿Puede explicar usted cómo es posible que en 1968 el paleontólogo aficionado William Meister de Antelope Spring, Utah, partiera un bloque de pizarra mientras estaba buscando fósiles de trilobites y lo que descubriese, en cambio, fuera la huella fosilizada de un zapato de quinientos millones de años de antigüedad? ¿Y cómo es que en 1922 se encontró en Nevada otra huella de zapato fosilizada dentro de una roca del triásico?

Echo Lawrence (Choquejuerguista): Mientras íbamos camino de Middleton, conduciendo en plena noche por toda aquella puta campiña, Shot Dunnyun se dedicó a pulsar botones y a buscar informes de tráfico en la radio. Para oír cualquier cosa que nos estuviéramos perdiendo. Boletines de las horas en las que la gente iba o volvía del trabajo procedente de lugares que estaban a océanos enteros de distancia. Retenciones de tráfico y atascos en los que todavía era el día anterior. Accidentes múltiples fatales y camiones atravesados en autopistas donde ya era el día siguiente.

Es raro de cojones enterarse de que alguien ha muerto al día siguiente. Es como si todavía pudieras llamar a ese tío que está saliendo de su casa para ir a trabajar, ahora mismo, en Moscú, y decirle: «¡Quédate en casa!».

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Esperen un retraso provocado por los mirones si van ustedes hacia el este por la carretera de circunvalación Meadows al cruzar la zona de Richmond. Pisen el freno y estiren el cuello para echar un buen vistazo a un accidente fatal de dos coches en el carril de la izquierda. El vehículo de delante es un Plymouth Road Runner de 1974 de color verde marino con un motor V8 de una sola pieza de hierro forjado, cuatro cilindros, siete mil doscientos centímetros cúbicos y equipado con carburante. Con el interior original de color blanco hielo. La conductora del cupé era una mujer tórrida de veinticuatro años, rubia-barra-verde con una fractura-barra-dislocación clásica de la columna en la articulación atlanto-occipital y una transección completa de la médula espinal. Palabras pijas para referirse a un trallazo tan bestia que te parte el cuello.

El coche de atrás es un New Yorker Brougham Saint Regis de puta madre con dos puertas y techo duro, de color crema, con el cromado de lujo opcional y ventanillas fijas de cuarto trasero. Una preciosidad de coche. Mientras pasan ustedes al lado fisgoneando, fíjense por favor en que el

conductor era un hombre de veintiséis años con una fractura transversal de esternón de lo más corriente, fracturas bilaterales de costillas y los pulmones empalados por las costillas fracturadas, todo ello debido al impacto con el volante. Además, me dicen los chavales del furgón de la carne, sufre un grave desangramiento interno.

Así pues, prepárense y pisen el freno. Informa, para Radio Tráfico Gráfico, Tina Nosecuántos...

Echo Lawrence: Violamos el toque de queda y la cuarentena del gobierno y cruzamos con el coche aquellas extensiones de nada. Yo, en el asiento del pasajero. Shot Dunyun, al volante. Neddy Nelson iba en el asiento de atrás, leyendo un libro y contándonos que Jack el Destripador no murió, sino que viajó hacia atrás en el tiempo para poder matar salvajemente a su madre y así hacerse inmortal, y que ahora es el presidente de Estados Unidos o el Papa. O tal vez alguna teoría descabellada que demostraba que los ovnis en realidad eran turistas humanos que nos visitaban desde el futuro lejano.

Shot Dunyun (© Choquejuerguista): Supongo que fuimos en coche a Middleton para ver todos los sitios de los que Rant nos había hablado y conocer a la que él llamaba «su gente». A sus padres, Irene y Chester. A su mejor amigo, Bodie Carlyle, con quien fue a la escuela. A todas las familias de granjeros memos, los Perry y los Tommy y los Elliot, de los que nos solía hablar. La mayor parte de nuestras choquejuergas consistían simplemente en ir en coche, charlando.

Menuda pandilla de cazurros. Nuestra meta era ponerles caras a las historias que Rant nos había contado. A ver si no es raro. Echo Lawrence y yo, con Neddy en el asiento trasero de aquel Cadillac Eldorado que tenía. El coche que Rant le había comprado a Neddy.

Sí, e íbamos a poner flores y cosas en la tumba de Rant.

Echo Lawrence: Shot pulsó los botones de la radio y dijo:

—¿Sabéis que nos estamos perdiendo una buena Noche de la Mamá de Clase Media...?

—Esta noche no —dijo Neddy—. Mira tu agenda. Esta noche ha habido Noche de Autoescuela.

Shot Dunyun: Por delante de nosotros, una esquirla de luz perfiló el horizonte. La esquirla se hinchó hasta convertirse en un bulto de luz blanca, después en un semicírculo y por fin en un círculo entero. Una luna llena. Aquella noche nos estábamos perdiendo una gran Noche de Luna de Miel.

Echo Lawrence: En lugar de poner música nos contábamos historias entre nosotros. Las historias que nos había contado Rant sobre su infancia. Las historias sobre Rant las teníamos que reconstruir a partir de detalles que cada uno de nosotros tenía que sacar escarbando del sótano del sótano del sótano de nuestros cerebros. Todo el mundo contribuía con algún recuerdo de Rant, y así seguíamos nuestro viaje, haciendo un fondo común de historias.

Shot Dunyun: El sheriff local de Middleton nos hizo parar y nosotros le contamos la verdad: que estábamos haciendo un peregrinaje para ver dónde había nacido Rant Casey.

En una noche como aquella, con toda la población dormida, el pequeño Rant Casey habría estado haciendo de radioaficionado. Con sus auriculares puestos. De niño, en una noche como aquella, Rant solía hacer girar el dial en busca de informes de tráfico de Los Ángeles y Nueva York. Escuchaba acerca de atascos de tráfico y embotellamientos que tenían lugar en Londres. Tráfico lento en Atlanta. Accidentes de tres coches en París, retransmitidos en francés. Aprendía español con términos como «neumático desinfla-